

La praxis de la fe evangélica en la sociedad.

Felipe R. Vázquez Palacios*

Quisiera compartir algunas reflexiones que he elaborado sobre la praxis de la fe evangélica en nuestra sociedad. Básicamente en lo que se refiere a cómo transformar esta práctica en capital social y posteriormente su conversión a capital político e incidencia en algunos procesos democráticos.

Se ha hablado en muchos foros sobre la poca participación de los grupos religiosos evangélicos en los procesos democráticos en México, esto quizás debido a que los analistas sociales y políticos, poco nos hemos detenido a observar detenidamente las actividades de las agrupaciones evangélicas. Generalmente, en lo que a los evangélicos se refiere, éstos son tratados como cualquier grupo minoritario de la sociedad civil, sin distinguir sus diferencias, su papel y lugar en la sociedad; salvo referencias a estudios locales, donde algunas veces se conecta la dinámica socio-política y económica con el surgimiento de agrupaciones no católicas. Se tiene todavía la idea de que las agrupaciones religiosas no deben representar intereses políticos ni democráticos y cuando más, sólo sirven de arena política o bien son juguetes de intereses extranjeros; donde se destaca por cierto el elemento exógeno como la única causa de cambio social, político y cultural. Algunos estudios como el de Burdick (1993), Smith (1994), Gaskill (1997), Freston (1999), Woodberry (2000), sugieren la importancia y la peculiaridad que las minorías evangélicas ejercen en los procesos de democratización, debido en parte, al involucramiento cada vez más evidente de éstos, en los procesos políticos y a sus singulares características de organización, doctrina y prácticas religiosas. Por otro lado, Coleman (1988) y Putnam (1993), sugieren que las asociaciones religiosas y otras organizaciones de ayuda, generan en la sociedad civil lo que se ha llamado: "capital social", un juego de recursos morales o de expectativas que motivan la cooperación incrementada entre los individuos, haciendo posible la confianza, las normas y las redes que los conducen al logro de ciertas actividades que no serían posibles de otra forma, Putnam (1993:169). Si agregamos que los sectores populares urbanos, así como los campesinos e indígenas, han carecido de asociaciones civiles, veremos la importancia del papel que juegan las agrupaciones evangélicas en la sociedad mexicana. Es en este nivel micro, en donde quiero detenerme ya que considero que aquí es donde los evangélicos más están contribuyendo a la democracia. Intentaré contextualizar algunas actitudes y acciones de las agrupaciones evangé-

licas más representativas de corte pentecostal, neopentecostal e históricas. Las cuales resumo esquemáticamente en dos principales perfiles:

- a) Evangélicos cuya principal preocupación, es no perder su relación directa con Dios, por lo que evitan la política, pero no la participación y el compromiso público, ni el mejoramiento de su sociedad, en la cual quieren influir por medio de la conversión religiosa; su labor proselitista; su buen testimonio; sus valores cristianos; su comportamiento apegado a las sagradas escrituras; su pureza doctrinal; su asistencia constante al culto; evadiendo valores o principios sociales fuera de la iglesia.
- b) Evangélicos que teniendo las mismas actitudes religiosas que los anteriores, ponen además, en el mismo nivel de interés religioso su situación económica y social, y su intención en un mayor impacto como evangélicos en su sociedad. Por ello, tienen relaciones sociales más amplias fuera de la iglesia, intentan adherirse a valores sociales comunes con otras organizaciones sociales, con las cuales dialogan, discuten, proponen. No se limitan a las prácticas religiosas ni a asistir a los cultos y se involucran en las diversas problemáticas de la sociedad; donde el factor de cohesión se da más por el papel que tienen en la sociedad que por la agrupación religiosa.

Estos dos perfiles de actitudes evangélicas, encuentran base en las micro-prácticas que los evangélicos llevan a cabo como: la oración, el ayuno, la asistencia a los cultos, la lectura de la Biblia, las actividades de proselitismo y sociales de la agrupación. En todas ellas, los creyentes internalizan principios, valores y concepciones que impulsan a realizar la voluntad divina y el apego a la palabra de Dios; generando hábitos de conducta y modelos de acción colectiva que pueden aplicar en otras áreas de sus vidas. Por ejemplo, el entrenamiento espiritual y la comunicación directa con Dios, ha hecho que evangélicos que no saben leer ni escribir se sientan motivados por aprender y ejercitar su memoria en el aprendizaje de pasajes bíblicos. Ahora, dedican gran parte de su tiempo al estudio de la Biblia, a tomar cursos de preparación doctrinal, de evangelismo, de educación cristiana que antes ni siquiera se imaginaban. A participar diariamente en la asistencia a los cultos, donde otros al igual que él o ella, se integran más a la vida comunitaria. Animados y ansiosos por compartir su fe, caminan grandes distancias, tejiendo sus relaciones más allá de la localidad donde ellos viven, conociendo pueblos circunvecinos y lejanos, donde comparten problemas similares, experiencias recíprocas, necesidades colectivas, expectativas que los unen, diferencias que los ubican y definen frente a un problema en común: la permanencia y desarrollo del grupo. La solidaridad expresada en momentos de crisis, sobre todo por enfermedad, o por el alcoholismo que pone en peligro la vida como familia. Cuando pregunté a un maestro bilingüe de la iglesia Apostólica de la fe en el medio indígena si consideraba que participaba más en actividades sociales ahora que se ha convertido que cuando era católico, me contestó: "Si, porque en un diálogo

como el que tengo con usted yo puedo introducir las cosas de Dios; antes me daba pena hablar con personas desconocidas, ahora lo hago sin temor porque se que voy a presentar la palabra de Dios, Él pone palabras en mi boca, me da sabiduría si tengo responder preguntas difíciles como las que me hace usted. Yo sólo hablo del amor de Dios y esto nos hace tener muchos amigos que después son nuestros hermanos.”

El practicar una “vida en el espíritu”, es tener el interés en la obtención de dones, manifestación clara del poder del Espíritu Santo en sus vidas, que los lleva a obtener un status superior al de los demás creyentes, en el caso de las mujeres, es lograr una mejor autoestima y reconocimiento de la familia, ya no sólo como esposa y madre, sino como guía espiritual, proveyendo un espacio para que los creyentes puedan construir y expresar un sentido de dignidad personal y comunitaria; desarrollando habilidades de liderazgo tales como: hablar en público, organizar, negociar, cooperar, planear y evaluar relaciones, programas y sistemas sociales; y algo muy importante, generar un sentido de responsabilidad. La mayoría de los evangélicos que he entrevistado se esforzaron por hacerme entender que antes de su conversión tenían una vida “caótica” o “normal” pero aburrida, pero ahora, muchos de ellos han rápidamente ocupado posiciones importantes en sus congregaciones que les ha cambiado la vida radicalmente. Pasaron de ser pasivos a activos, de ser viciosos a gentes de bien, de desobligados a responsables, de ser apáticos e indiferentes a interesados en la vida y amables. Antes sus vivencias no tenían un sentido claro, se vivía la vida de tal modo como venía o como se sentía. La conversión se vive como un proceso de conocimiento y ubicación en la sociedad.

En este mismo orden de ideas, podemos observar como la importancia de la palabra escrita, la lectura de la Biblia, y la elaboración discursiva que sobre ella se hace para motivar a los fieles a “rendir sus vidas a Jesús”, no sólo estimula el aprender a leer y escribir, ha estructurar ideas coherentes y convincentes o a comunicarse directamente con personas y grupos amplios, sino a formar opinión en la discusión entre ellos mismos y con otros en la defensa y difusión de su fe. Un miembro de la iglesia metodista me platicaba muy gustoso de que a partir del curso que llevó “defendiendo nuestra fe” ya podía diferenciar claramente las doctrinas de los Testigos de Jehová y las de su iglesia, y que ahora se iba a dedicar a enseñar a sus hijos y demás familiares y amigos las bondades de su doctrina.

De la misma manera, podemos apreciar cómo se despliegan grados de autoridad, al ser responsables de ciertas actividades o comisiones ante los demás; logrando una autoestima por su fidelidad y consagración, que difícilmente obtendrían en su sociedad o en iglesias con mucha membresía. Hay varios ejemplos de mujeres en las congregaciones rurales e indígenas, sobre como experimentan independencia, autoestima y poder en un mundo cada vez más anómico, discriminatorio y lleno de opresión étnica, cultural y “sexista”. La plática que tuve con una metodista rural ilustra la afirmación anterior. “Como mi esposo es alcohólico, tengo que trabajar para mantener a mis tres hijos, vendiendo ropa que traigo de México, por eso es que me ve usted en la iglesia, fuera

del culto, ofreciendo a los hermanos mi mercancía muy discretamente. Por mi actividad visito a la mayoría de los congregantes, pues les dejo ropa a crédito; En las visitas me entero de sus problemas y oro con ellos para que Dios les ayude en cada uno de sus problemas. El orar en sus casas, me ha permitido sentir el cariño de ellos hacia mi, lo cual me hace muy feliz y me anima a aumentar mi fidelidad y compromiso con mi Dios y con mi iglesia. Los hermanos como saben de mi situación económica me ayudan dándome cosas para mis hijos. Recientemente me nombraron encargada de los cultos de oración, lo cual para mi es un gran placer servir a mi Dios y poder interceder por las necesidades de mis hermanos." Por otra parte, un maestro de primaria de esta misma iglesia al relatarme la historia y su participación en ésta me decía: "En la iglesia aprendí a cómo tratar la rebeldía de la juventud, a ser responsable en mis compromisos, a sacar resúmenes, a perder el miedo de hablar en público, a dirigir un culto, elaborar bosquejos, a tener una dicción correcta". En mi iglesia muchos de los hermanos han sobresalido como deportistas, declamadores, maestros, críticos, escritores, músicos, arquitectos, doctores, biólogos, psicólogos, predicadores". Contempladas estas acciones desde una perspectiva antropológica, podemos decir que cuando coinciden los intereses de la agrupación con los intereses personales y familiares, los resultados son muy positivos. Hay un desempeño o compromiso real de los miembros con la agrupación, así como un clima de seguridad donde los miembros disfrutaban el estar juntos.

Por otra parte, los evangélicos pueden generar una actitud de compromiso crítico ante la corrupción, injusticia, mentira, opresión, fatalismo y pasividad, ya que al convertirse, el creyente hace un "rompimiento" con su pasado, tratando de corregir todo aquello que esta mal ante los ojos de Dios; tomando una nueva identidad, la cual demanda entre otras cosas: igualdad, no violencia, adherencia a principios bíblicos. Aunque se corre el riesgo de provocar un desinterés en la participación política, al no compartir ni hacerse cómplices de estos "pecados", pues su involucramiento religioso, autodisciplina, testimonio, —"de ser un fiel seguidor de Cristo"— se los impide, pues sus preceptos y patrón de conducta no consienten esos valores. El testimonio de un líder neopentecostal, nos ilustra esta afirmación: él abandonó su carrera de abogado para dedicarse a servir en el ministerio de la música en su congregación. "Yo ganaba mucho dinero, acompañando a los políticos en sus giras de aquí para allá, pensaba en que podría influir en la gente si se tenían buenas ideas, con los políticos con que trabajé, algunas veces me dejaban libre y podía ir a la congregación, comía bien, estaba con mi familia, pero la mayoría de las veces me mal pasaba y nunca tenía tiempo libre para ir a mi congregación. Aprendí como engañar o hacer tratos sucios, hasta que un día me harte y dejé todo ese ambiente sucio y le entregué mi tiempo al Señor. Ahora tengo tranquilidad, estoy con mi familia y lo más importante sirviendo al Señor."

Un campesino bautista me decía: "Entendemos que hay que obedecer, pero no en todo, porque Dios no hace las leyes, sino que se hacen en los grandes despachos de la cámara de diputados, detrás de los escritorios. Mientras haya paz y se busque la justicia, obedeceremos, pero si el

gobierno tratara de cambiar las leyes y lesionar a nuestra religión, nos defenderemos, queremos que se nos respete". La mayoría de los evangélicos coinciden en que practicar una fe, hace al ciudadano más consciente de su responsabilidad en la sociedad en que participa, pues el evangelio lo libera del "pecado" para asumir con mayor ventaja esta tarea, proyectando valores y principios que miran más hacia el bien común. Por ejemplo, en zonas indígenas, las mujeres se acompañan para ir acarrear leña de lugares distantes; o bien se acompañan para ir a vender tostadas, frutas o cualquier otra mercancía a la ciudad. En la ciudad y en las zonas rurales se obtienen formas de cooperación y ayuda mutua entre las familias en los funerales de un miembro de la iglesia, en necesidades económicas y falta de trabajo.

Al interiorizarse más las actitudes evangélicas, los creyentes manifiestan una disposición por la participación en la política en el sentido básicamente de libertad religiosa, de bienestar común, que propicia la solidaridad y la interacción social, pero desafortunadamente se mira más hacia dentro que afuera, al interior de la agrupación o con aquellos que comulgan con su fe. En estas condiciones, los creyentes manifiestan un encantamiento con su ser "evangélico" que muy pocas veces se abren a la participación con toda la sociedad.

En estas condiciones parecería que las actitudes evangélicas y las actitudes políticas tienen dinámicas distintas, pero que en la realidad se cruzan, tal como lo expresa un creyente presbiteriano ciudadano "La política, la ciencia, los partidos, el estado, el gobierno, puede que no sean sucios, pero al igual que el aire, el agua, estas se contaminan por el pecado, por ello es necesario que los evangélicos descontaminemos cada una de estas esferas, poniendo en práctica las normas y principios bíblicos en un buen testimonio. Es necesario que los evangélicos superemos la concepción de que con honestidad, ahorro y trabajo vamos a transformar a México, ya que esto choca con la pobreza y las desigualdades que se viven en este país, que busquemos por el lado de la justicia social, la democracia, la educación, la lucha contra pobreza, la práctica de nuestra fe".

Como vemos las iglesias evangélicas forman una especie de estructuras institucionales alternas al estado y sus representantes, con un fuerte sentido local. Un creyente bautista me expresó: Los cultos de la iglesia son como la ventanita que me permite asomarme al mundo que me rodea, me entero de lo que sucede en Afganistán, en Israel, en Estados Unidos y Latinoamérica, en Chiapas, en Ixmiquilpan, en mi propia sociedad. Aquí tratamos temas científicos, políticos, sociales, culturales, razonamos, pensamos lo humano, lo práctico, lo moral, lo divino, conjuntamente en forma accesible a todos los congregantes. Buscamos soluciones a nuestros problemas, alternativas para nuestra sociedad, en casi todas ellas siempre llegamos a la conclusión de que mientras no haya un cambio en el interior del corazón humano, difícilmente lograremos dar respuesta a nuestros problemas individuales y colectivos, por ello es que los evangélicos insistimos tanto en presentar el mensaje de salvación para que Dios cambie los corazones."

Las actitudes que se generan en el interior de los cultos evangélicos tienen una autonomía moral que potencializa la democracia, con una

ética de convivencia; donde hay una instancia normativa y un conjunto de valores con los cuales se podría frenar la patología de la industrialización, la modernización; donde se puede asegurar la participación responsable, solidaria y comunicativa con capacidad de motivación y cooperación; donde se lograría el control que muchas de las veces ha sido afectado por el burocratismo, la tecnología, la incertidumbre de un estado que no garantiza o asegura nada y que cuando menos en las actuales condiciones del país -según ellos— está lejos del plan de Dios. “Mi misión como evangélico -me decía un comerciante pentecostal rural-es dejarme moldear por las enseñanzas de mi Dios, y llevar el mensaje de salvación a todos aquellos que no lo conocen, ayudar a mis semejantes en todo lo que me sea posible, asistir a la casa de Dios todos los días de mi vida y tener un buen testimonio que sirva para edificar a otros.” Otro evangélico presbiteriano ciudadano me comentaba: “Todos mis compañeros del trabajo saben que soy evangélico y ello me obliga a ser mejor en todo (a llegar a tiempo a mis compromisos, a desempeñar bien mi trabajo, a tener buen carácter, a ser responsable, a hablar y pensar positivamente). Todo ello ha propiciado que mis compañeros me busquen para un consejo y orientación de cualquier tipo.”

Con el evangelio, educan la mirada a ver al débil, al necesitado, a tener una actitud moral, a no tener miedo al futuro, a tener esperanza, que difícilmente se lograría con otro mecanismo social. El testimonio de un campesino que ahora es predicador laico pentecostal ilustra lo anterior. “Si Dios no me hubiera alcanzado, no se que sería de mi vida, tal vez seguiría tirado en las calles bien borracho, seguramente mi familia ya me hubiese dejado a mi suerte; es por ello que ahora cada vez que veo un alcohólico, yo le comparto mi experiencia y lo ayudo a enfrentar su situación con su familia, yo se lo que siente no ser comprendido por ser un vicioso. Les hablo de lo hermoso que ahora me siento con mi familia, con mis vecinos, en mi iglesia, e intento infundirles confianza en un futuro mejor, en tener esperanza en que con la ayuda de Dios Todo es posible”

El acento que se ha puesto sobre la actitud individualista de los evangélicos, contrasta sobretodo en la solución de sus problemas y necesidades que como grupo social tiene. La reexaminación de cada una de sus actitudes y prácticas, nos pone al descubierto tendencias favorables en pro de la democracia, aunque no se descartan las fuertes tendencias apolíticas. Pues si bien, al interior de las agrupaciones se pueden percibir valores y experiencias democráticas, al exterior, estas aún no se manifiestan claramente, sobre todo en creyentes muy proselitistas.

Las actitudes evangélicas se fortalecen cuando se obtiene el máximo de los beneficios, que puede ser: bienestar económico, satisfacción de sus necesidades primarias, el fortalecimiento de sus organizaciones religiosas en número de adeptos, buen desempeño de actividades religiosas, financiamiento, entre otras. Pero según mis observaciones, este fortalecimiento no es asimétrico con un mayor fortalecimiento de su participación política. No niego que las iglesias evangélicas en la práctica, han sido apropiados foros para el ejercicio y el aprendizaje de las normas y comportamientos indispensables para la democracia, donde en su inte-

rior podemos encontrar opiniones divergentes, encenderse discusiones acaloradas, debates de buen y alto nivel, asambleas muy bien llevadas, toma de acuerdos y desacuerdos, el ejercicio del voto, etc., elementos que son comunes y cotidianos en la vida de numerosas iglesias. Pero ello, todavía no ha alcanzado un impacto social importante que haya contribuido para que el estado sea más eficiente, o que estimule las prácticas de libertad, de participación en busca del bien común. Todavía no salta a la vista de todos los mexicanos no evangélicos lo que Tocqueville vio en esta experiencia asociativa, no sólo un efecto en lo interno (en la vida moral de aquellos que participan de las actividades religiosas, donde se da un sentido de compañerismo y eficiencia con una capacidad de confiar e influenciar a otros); sino también un efecto externo a una sociedad más amplia, donde esta experiencia asociativa genere miembros con un interés y una capacidad para cooperar en la persecución del bien común, estableciendo más vínculos con la sociedad, estableciendo correlaciones de fuerzas que vienen no sólo de las iglesias o del estado, sino de la sociedad civil que exige más libertad, más tolerancia, más justicia y otras demandas, donde la ética cristiana se vuelve indispensable en una sociedad cada vez más corrupta y donde se hace más difícil el funcionamiento de la vida social.

Ahora, si bien ser evangélico y recibir entrenamiento religioso puede convertirse en un gran capital social al adoptar y desarrollar habilidades y generar un involucramiento político, una lucha por la justicia y la libertad, también pueden propiciar la resignación a las condiciones de opresión e injusticias y lograr soportar su incapacidad y su frustración; motivando la permanencia del egoísmo, la apatía por lo político y fuerzas corruptas que ellos mismos condenarían de acuerdo a sus principios y que son letales a los procesos de democratización, fomentando la obediencia, sumisión y lealtades y constituir una fuerte relación patrón-cliente, tal como lo expresa Lalive d'Épinay para el caso de los pentecostales en Chile. Actitud que especialmente en los pentecostales mexicanos fue una constante en las entrevistas. A continuación presento una opinión de un pastor pentecostal rural: "A Vicente Fox, Dios lo puso ahí y si algún día va a fallar es porque Dios también le va a dar esa facultad. Reconocemos su autoridad y tenemos la esperanza de que si Dios le permitió ser presidente fue porque es una persona buena. Nunca vamos a dudar de las autoridades civiles y militares porque la Biblia declara que son puestas por Dios. Siempre vamos estar orando por nuestras autoridades y obedeciéndola la ley de México, respetando nuestra bandera. En nuestra religión no tenemos tiempo para meternos en problemas, ni en las vidas ajenas, ni mucho menos en la política, en estar hablando mal de gobierno, tenemos otras prioridades. Como estamos al frente de la ley de Dios, tenemos que estar de acuerdo con la ley de nuestras autoridades, pues al cumplirla estamos cumpliendo con la ley de Dios"... "El ambiente político nunca podrá superar al ambiente que vivo en la iglesia, mi experiencia cotidiana con mi Dios. El camino de la política es muy peligroso y nos puede hacer caer en pecado, por ello mejor no participamos, sólo cuando son las elecciones nada más votamos, vemos y oímos, pero no participamos, ni juzgamos, somos neu-

tros.” Una campesina indígena de la iglesia Neopentecostal me comentó: “Estamos conscientes que cuando el gobierno diga se acabó la libertad de culto, hasta aquí dejaremos de tener paz. Vamos a sufrir persecuciones, vendrán los días malos que habla el Apocalipsis. Pero esto sucederá porque Dios así lo quiere, a nosotros solo nos resta confiar en su palabra y estar alertas para cuando esto suceda.”

Las iglesias evangélicas se están descubriendo ellas mismas dentro de su sociedad, adquiriendo un papel y un lugar, su actitud religiosa y su posición mayoritaria “apolítica” los hacen no inclinarse a nadie, ni a favor ni en contra del régimen. Es evidente, en este sentido, que las iglesias que he estudiado en los contextos: indígena, rural y urbano, se ofrezcan alternativas u orientación política a sus miembros como tal. La posición que encontré fue la de dejar a sus miembros su libre participación política de acuerdo a sus convicciones religiosas e ideales y conciencia cívica. Si a esto agregamos los enfrentamientos que los grupos evangélicos continúan teniendo con la iglesia católica, el que un candidato a presidente ondee un estandarte de la virgen de Guadalupe en su campaña y se declara como católico activo, que todo el mundo lo ve besar el anillo papal y se inclina ante éste, es natural que los evangélicos sean muy cautos en expresar alguna inclinación política y que estén a la expectativa de las acciones del nuevo gobierno federal en materia religiosa.

Ante este contexto, mientras tanto, los evangélicos, ya no quieren ser catalogados como sectas, ni como “disidentes” o “protestantes” o como los escandalosos “aleluyas”, quieren gozar de un mejor status y un mismo trato en la esfera pública. Para ello, han empezado a convocar a ruedas de prensa al igual que la iglesia católica; a emitir sus opiniones ante ciertas medidas y demandas ciudadanas; a conjugar una serie de valores modernos y conservadores; a reafirmar o rechazar valores; a construir formas y estilos propios de convivencia sociorreligiosa; a vincularse más estrechamente con instituciones y asociaciones solidarias; a disfrazarse de “asociaciones civiles”. Todo con la finalidad de una mayor libertad de acción tanto en la esfera religiosa como en la esfera pública, que les permita una permanencia y desarrollo, la cual dependerá de cómo relacionen y perciban lo espiritual y lo político, y lo político con la devoción espiritual. Ambos, forman parte de un compromiso social y político. En otras palabras, lo político no está al margen de lo religioso, ni lo religioso puede imaginarse al margen de lo político. Masferrer (2000)

Para terminar con estas reflexiones quisiera decir que:

- Los evangélicos siguen siendo una minoría cada vez más fragmentada, pero con una vida comunitaria intensa que genera a su interior un capital social prometedor, que a nivel micro y cotidiano influye de manera decisiva en el ciudadano democrático, aunque con un papel todavía muy pobre en la arena política. Este ciudadano no tiene un rostro al estilo American Way of life, ni tampoco un estilo “mariachi”, ya que ha estado sin un proyecto político definido, oscilando casi siempre, como dice Fortuny (1994:422), en dirección y de acuerdo con los espacios que el sistema político les ha permitido.

- La fe evangélica en México opera, de acuerdo a la información presentada, bajo tres modelos de acción política: uno que he denominado

de **marginación**, donde el evangélico opera con una lógica de **creyente**, se da una huida hacia el interior de la agrupación religiosa y los preceptos bíblicos; otro que he denominado el de **adecuación**, donde se opera con una lógica de **creyente-ciudadano**, donde el creyente quiere cambiar su realidad desde su perspectiva religiosa; el de **negociación** donde el evangélico actúa con una lógica de **ciudadano-creyente**, donde la realidad es la que da cuenta de la perspectiva que debes tomar. Las tendencias como vimos son hacia las dos primeras. No obstante, En todas ellas, hay un interés de ir más allá de sus propios intereses, de ser responsables, de buscar la paz, la solidaridad, pero no cristalizan en proyectos políticos amplios de mayor envergadura.

- Poco a poco los temas de política y democracia, están tomando forma en el plano confesional de la iglesia (según me dice un pastor presbiteriano), en la misma proporción en que los creyentes van siendo cada vez más conscientes de los problemas en los que vive la sociedad. En la medida en que los fieles empiezan a reaccionar desde su fe a los acontecimientos que viven y que en la mayoría de las veces los afectan de manera personal. En la medida en que se involucran en organizaciones civiles como los derechos humanos, organizaciones ecologistas, en los diferentes partidos políticos, en agrupaciones o instituciones encargadas del bienestar de la familia, la educación, la salud, en comisiones de defensa de niños maltratados, en movimientos guerrilleros como el EZLN. Ante estas nuevas situaciones, es de notar que muchas barreras denominacionales empiezan a desmoronarse; los cultos interdenominacionales y ecuménicos empiezan a fructificar, especialmente en las ciudades y en los lugares donde los creyentes se encuentran unidos luchando por el bien común; construyendo actitudes democráticas de respeto, pluralismo y solidaridad ¿será esta la causa del avance del pluralismo religioso que se está viviendo en algunas localidades de México?

Con base en lo expuesto, puedo decir que la fe evangélica tiene una implicación necesaria en la democracia, pero hasta ahora, sólo se puede ver como capital social acumulado, en reserva. Todavía la praxis de la fe evangélica no rebasa la lógica del «buen samaritano». Es decir, no logra articularse a las dimensiones estructurales. Creo que ya es tiempo de mirar nuestra experiencia social como creyentes y vincularla a los temas del desarrollo local. Necesitamos construir propuestas que sean viables para el interés público. Es decir, que nuestros proyectos no sólo sean interesantes y buenos para nosotros, sino que sean viables para responder a las necesidades integrales del interés común. El pasar de minoría insignificante a minoría significativa tiene que producir valores agregados de mayor justicia, paz e igualdad en nuestras sociedades. En este sentido conviene preguntarse si ¿serán los pentecostales, los que por su asistencia a los cultos, su apego absoluto a sus preceptos y principios generen mayor capital social; o los neopentecostales, con mejores formas adaptativas y un hincapié intenso en una experiencia directa con Dios; o los históricos por su experiencia que tienen en tratar con el estado? ¿Cómo se podría enriquecer la sociedad de este capital atesorado? ¿cómo hacer que las actitudes religiosas salgan lo más rápido posible de su envoltura doctrinal o eclesiástica y se conviertan en actitudes sociales y

políticas con mayor impacto e incidencia en la democracia? ¿cómo construir fundamentos teológicos prácticos que permitan generar democracia? Por otra parte, ¿Se podrá con el uso y conocimiento de la leyes de sus derechos y obligaciones, motivar no sólo su actuar político y social, sino también su actuar religioso? ¿Nos llevaría esto a sacralizar la política o a desacralizar lo religioso? ¿a pasar de ser creyentes ciudadanos a ciudadanos creyentes? Dar respuesta a estas preguntas es comprender el difícil y arduo camino no sólo como evangélicos sino también como ciudadanos.

B I B L I O G R A F Í A

- Bastian, Jean Pierre
 1993 "The Metamorphosis of Latin American Protestant Groups: A Sociohistorical perspective" en *Latin American Research Review*. Vol. 28, No.2, pp. 33-61
- Burdick, J.
 1992 "Rethinking the Study of Social Movements" en A. Escobar and S. Alvarez (eds.) *The making of Social Movements in Latin America*. Boulder, CO: Westview Press, pp.171-184.
- Coleman, James S.
 1988 "Social Capital in the Creation of Human Capital" en *American Journal of Sociology* 94, pp. 95-120.
- Fortuny Loret de Mola, Patricia
 1994 "Cultura política entre los protestantes en México." en *Cultura política y educación cívica*, Jorge Alonso (coord.). México, pp.397- 424.
- Freston, Paul
 1999 *Evangelical and Politics in Asia, Africa and Latin America*. Compugrama. Brasil.
- Garma Navarro, Carlos
 1987 *Protestantismo en una comunidad totonaca de Puebla*. INI. México.
- Gaskill J, Newton
 1997 "Rethinking Protestantism and Democratic consolidation in Latin America, en *Sociology of Religion* No.581- 669-91. University of Texas, Austin.
- Lalive d'Épinay, Christian
 1968 *El refugio de las masas*. Edit. El pacífico, Santiago de Chile
- Masferrer Kan, Elio
 2000 *¿Es del César o es de Dios? Religión y Política en el México Contemporáneo*. Tesis de doctorado presentada en la ENAH. México.
- Marzal, Manuel
 1988 *Los caminos religiosos de los inmigrantes de la gran Lima: El caso del Agustino*. Pontificia Universidad Católica del Perú. Perú.
- Putnam, Robert D.
 1993 *Making Democracy Work..* Princeton University Press.
- Rappaport, Joanne
 1984 "Las misiones protestantes y la resistencia indígena, en el sur de Colombia". En *América Indígena* XLIV/II, México, pp.11-128.

Smith, Christian

1994 "The Spirit and Democracy: Base Communities, Protestantism, and Democratization in Latin America." *en Sociology of Religion*. No 55:2 pp.119-143.

Tocqueville, Alexis De

1987 *A Democracia na América*, 3rd ed., Belo Horizonte, Itatiaia Sao Paulo, Edusp.

Willems, Emile

1967 Followers of the new faith, Nashville, Vanderbilt University press

Woodberry D., Robert

1999 "Religion and democratization: explaining a robust empirical relationship."

Paper presented at the Annual Meeting of the Religion Research Association.